E L R E S T A U R A N T E

Enero 2004

No sé porque dicen que el marisco es afrodisiaco. Es cierto que utilizamos en muchos de nuestros platos marisco, como no iba a ser así si el restaurante está en la Costa Brava y lo natural es que pongamos los ingredientes que nos ofrece el mar: las deliciosas gambas de Rosas, los mejillones, las almejas, las riquísimas navajas... Pero no creo que sea ese el motivo del éxito de nuestro restaurante. Soy de la opinión de que lo realmente afrodisiaco en un plato es la mujer que te acompaña cuando lo estás saboreando, el brillo de sus ojos, la incitación de su boca, el adivinar que cuando se chupa los dedos de la salsa está pensando en ti.

Tengo un restaurante en una cala refugiada entre los pinos, el mar se divisa azul desde los ventanales, y el aroma de los pescados que sale de la cocina se mezcla con el de la mar salada y el de las agujas de los pinos. ¿Son la belleza del paisaje y su perfume y nuestros espléndidos menús los que incitan a venir a almorzar a las parejas de enamorados o es simplemente el saber que el restaurante solo tiene cuatro mesas, y dispongo de otras correspondientes cuatro habitaciones coquetamente arregladas donde disfrutar de una lujuriosa siesta después de la comida? Hay quien prefiere salir a pasear a la orilla del mar después de comer, pero incluso estos, los románticos y enamorados también del azul del mar, aclarado por la intensa luz de la tarde, vuelven al restaurante y me piden una habitación. ¿Están excitados por las habilidades culinarias de mi cocinera o por su imprescindible presencia, ella, la reina de la cocina y el amor?

Es buena cocinera, desde luego. Cuando me enteré de que la habían echado de todos los restaurantes de la costa donde había trabajado, no podía creerlo. No entiendo por qué, su cocina es impecable: sabrosa, bien presentada, detallista, limpia. Es verdad que la deseo, pero también la desean los otros hombres que vienen aquí, y si ese es el problema que ha provocado que la pusieran de patitas en la calle en los lugares donde ha estado antes, es que la gente tiene mentalidades estrechas. Tan estrechas como cuando se mira por un catalejo que solo permite ver un trocito limitado del paisaje, pero a costa de perderte la grandiosidad del conjunto; los catalejos sirven para acercar las cosas que están lejos, para hablar con los pájaros o con las estrellas, pero para entender la realidad, y para entender sobre todo a las mujeres, nadie necesita un catalejo, si uno las tiene lo suficientemente cerca debe sobre todo tocarlas y abrazarlas y mirarlas por entero rodeadas de su paisaje y de sus circunstancias, porque su complejidad está dentro de ellas y fuera a la vez. Si lo que molestaba a otros dueños de restaurantes era que atrajese sexualmente a sus clientes, si eso les provocaba celos, eran estúpidos. Atrae a

todo macho viviente, es cierto, pero nunca está pensando en acostarse con ellos, para eso me prefiere a mí, aunque suene arrogante el que lo diga yo mismo.

Hay quien dice que es su comida, pero yo no estoy seguro de que sea solo eso. Es su comida, y también son sus manos y sus ojos, es su cuerpo, que afortunadamente ahora es mío, quién sabe por cuanto tiempo, es la manera de tocar las cosas como si las acariciara o de pronunciar las palabras envolviéndote en ellas. ¿Que estoy enamorado? Sí, seguramente. Me encanta haberme enamorado de ella, de Luna, se llama Luna, con ese nombre, ¿quién no sería la reina de la seducción?

Cuando llegó en respuesta al anuncio que puse buscando un cocinero, me sorprendió; en principio yo esperaba un cocinero, en este país somos así, en nuestras casas las dueñas de la cocina han sido desde siempre nuestras madres, benditas mujeres que preparaban desde un caldo hasta el más exquisito postre, pero en un restaurante preferimos encontrar un cocinero, un hombre, parece que viste más. La buena cocina está plagada de nombres de varones... Nadie se había presentado hasta que llegó ella y lo primero que le dije, quizá para desanimarla, fue que si me gustaba su manera de cocinar, que se lo pensara bien antes de aceptar el trabajo. El pueblo más cercano está a diez kilómetros salvando una carretera que bordea los acantilados, llena de curvas endemoniadas. “Aquí no hay donde ir al terminar el trabajo. Este es un lugar solitario, sobre todo en invierno”, le comenté. Y ella contestó: “Bueno, está el mar. Un hombre y una mujer, ¿quién necesita algo más?”. Lo dijo mirándome con franqueza, con unos ojos limpios, limpios entonces de toda seducción, pero atractivos sin duda.

No sé qué pudo ver en mí para decirme eso. Soy quince años mayor que ella, bajito, tengo algo más que entradas, he de mirarme mucho al espejo para encontrarme algún atractivo, quizá mi sonrisa ayude algo, y no me gusta hablar demasiado. Y sin embargo ella no necesitaba nada más que un hombre, incluso un hombre como yo. Increíble.

La seducción vino después, cuando para evaluar su arte culinario le propuse que me elaborara un menú. Por supuesto, aceptó, pero puso como condición que la comida sería para dos y que debía degustarlo con ella, en una de las mesas de la terraza, bajo el toldo. Aquella comida no llevaba ningún tipo de aderezo extraño, ni marisco, ni una rama de canela, ni especias. Una ensalada de inocentes zanahorias ralladas, lechuga rizada, remolacha y cebollinos, bien regada de aceite y con su punto de vinagre, y dos parejas de boquerones bailando el vals sobre ella. Y de segundo una zarzuela de

pescado, solo pescado, con su hoja de laurel navegando en la salsa, eso sí, el laurel que nunca falte con el pescado, ¿acaso es el laurel el afrodisiaco?

El caso fue que en el paladar todo se juntó deliciosamente y los alimentos llegaban al estómago con armonía, una agradable sensación de calmar el hambre de comer pero que a su vez despertaba el hambre de... algo más. Porque sus ojos me miraban como si quisiera decirme lo que estaba pensando y estaba pensando en mí, no había duda y su boca y la lengua lamiéndose los labios me decían que me deseaba aunque no hablaba, y nuestras manos derechas trabajaban con el tenedor en el plato para llevarnos la comida a la boca, pero nuestras manos izquierdas se juntaban y se acariciaban; y por debajo de la mesa nuestros pies también empezaron a toquitearse, no contentos con eso, su pie, liberado de la zapatilla, fue ascendiendo desde el tobillo, lentamente, hasta acariciar mi entrepierna y...

Y acabamos en la cama, sí señor, en mi cama de soltero, pequeña y con las sábanas sin cambiar desde hacía días, aunque yo me la hubiera tirado allí mismo en la terraza, pero ella siempre decía que el mejor invento para hacer el amor era la cama, y para qué perderse comodidades cuando las tenías a tu disposición.

Por supuesto, consiguió el trabajo. Sé que pensarán que fue el deseo lo que me hizo contratarla, pero de verdad les digo que es una excelente cocinera. Y además tenía buenas ideas, innovadoras. No en la cocina, sino en crear el ambiente propicio.

Le encantó el comedor, marinero a más no poder, con sus redes de pesca y sus bolas de cristal y los cuadros con barcos y pescadores, sus cuatro mesas a las que dijo que debíamos poner unos manteles de cuadros azules y blancos. Siempre había pensado que le faltaba el toque femenino y con ella empezaría a tenerlo. Le comenté que llevaba idea de poner unas cuantas mesas más, había sitio y un restaurante de cuatro mesas es ridículo, la verdad, aparte de que no da suficiente rendimiento. Pero ella se escandalizó:

- ¿Más de cuatro mesas? Perderemos intimidad en cada una de ellas, ¿en qué quieres convertir esto, en un restaurante de comida rápida donde escuchas la conversación de tu vecino como si te la estuvieras comiendo entre el bocadillo? Más vale que pienses en arreglar los cuatro cuartos que tienes en el piso de arriba, con vistas al mar. Son deliciosos para la siesta. Cuatro mesas, cuatro cuartos, y lo que no ganes con la comida lo ganarás con la dormida.

- Pero esto no es un hotel – le repliqué –, sino un restaurante.

- Sí, pero tiene que ser un restaurante especial – y me guiñó el ojo al decirlo - ¿Prefieres que tus clientes salgan de aquí apresuradamente y tengan que hacer el amor en el coche? ¿O en esa playa incómoda plagada de piedras, o entre los pinos, sufriendo el martirio de las agujas que se les clavan por la espalda?

Recordando cómo había terminado nuestra comida, le di la razón, así que seguí su consejo y compré cuatro camas de matrimonio con cabezales de forja, envejecidas y nos pusimos a decorar las habitaciones en un estilo rústico: mesillas de madera antiguas, espejos de luna de cuerpo entero, lámparas coquetas sobre las mesillas y de bola de cristal en el techo, cortinas con tiras bordadas para las ventanas. Y unas bonitas colchas de algodón en tonos crudos con rayas de colores, para animarlo todo. No hacía falta armario, eran habitaciones para disfrutar una siesta o culminar una noche y no se necesitaba guardar equipaje; eso ahorraba espacio, producía una sensación de amplitud en aquellos cuartos no excesivamente grandes. Cada habitación distinta, para que no pareciera un hotel, con sus detalles singulares: un barquito en la botella, libros en un anaquel, jarrones de cerámica de la zona, un tapiz artesano con un paisaje de pueblo marino.

Luna preparaba los menús con mucho cuidado y dedicación. Solía cocinar platos caseros, pero siempre se permitía algún toque de distinción, creativo, incitante, canelones dispuestos en el plato como si se tratara de una cama con su almohadón y su colcha decorada con pintas de perejil, con dos gambas cubiertas por la sábana de canalón, cuyas cabezas se besaban sobre la almohada. Y las nubes de merengue salado acompañando los pescados a la plancha que acariciaban el paladar y la lengua, que se quedaban en los labios y entonces los dedos de sirena de la pareja los acariciaban para quitar la nube y se introducían sensualmente en la boca del amante y luego se llevaban la nube a la propia boca en un gesto erótico e insinuador.

Se metía en la cocina y manejaba con habilidad de experta los cuchillos, los cacharros, preparaba salsas y empanadas y tartas y arroz con leche. Antes de comer habíamos tenido que arreglar las habitaciones, ocupadas la noche anterior, solíamos hacerlo entre los dos, porque las camas de matrimonio se hacen mejor así, uno a un lado y otro en el opuesto y algunas veces acabábamos dándonos un revolcón inevitable, y había que cambiar otra vez las sábanas para nuestros próximos clientes, la higiene era fundamental, tanto en la mesa como en la cama. El caso es que ella tenía detalles provocadores inconscientes, como aquella mañana que después de hacer el amor en las habitaciones y de darnos una tonificante ducha se fue a la cocina desnuda, se plantó el

delantal encima y comenzó a preparar la comida. Yo la contemplaba así desde la puerta, con el culito de melocotón asomando bajo el lazo del delantal y me excitaba tanto que hubiera vuelto a hacer el amor allí con ella, sobre la enorme mesa de cocina. Pero Luna me adivinó las intenciones al volverse hacia mí y me dijo, “Anda, que van a llegar los clientes enseguida y no tenemos tiempo. Tráeme el vestido negro, no voy a salir así”.

Yo le traje el vestido y nada más y ella se lo puso, negro, ajustado y minifaldero, volvió a colocarse el delantal encima, pero los dos sabíamos que no llevaba ni bragas ni nada debajo y aquello era demasiado excitante para mí y mis ojos se salían de deseo, y la salvó que en ese momento entró la primera pareja al restaurante y tuve que atenderles, tan babeante de deseo que estaba punto de decírselo a ellos: Mírenla, mírenla bien, porque hoy no lleva bragas... Pero creo que no era necesario decirlo: todos lo adivinaron, los pezones se le marcaban en el ceñido corpiño y en cuanto a las bragas, era imposible llevarlas y que no se notara ni una marca en un vestido tan apretado como ese.

Porque, como he dicho una y mil veces, lo mejor del restaurante no era la comida, lo que todo el mundo estaba esperando era su aparición en el comedor, verla, sentir su atracción, su influjo provocador. Mientras ella trajinaba en la cocina, yo tomaba nota de los menús de cada pareja, servía el primer plato, sonreía a todo el mundo y hacía lo posible para que se sintieran cómodos y relajados; proveía el suficiente vino para hacerles chispear los ojos y cuando terminaban, traía el segundo plato. Entonces ella salía de la cocina y se producía como una revolución, o mejor dicho, ya que estamos a la orilla del mar, un maremoto. Era una ola gigantesca de erotismo, que absorbía las miradas de los hombres. Comenzaba quitándose el delantal blanco como quien fuera a protagonizar un striptease y después, simplemente preguntaba qué tal estaba todo y con su sonrisa y su mirada y ese andar contoneándose entre las mesas como si bailara la danza de los siete velos, los hombres se rendían encandilados. Entonces, las mujeres, no sé si por celos y para desviar la atención de sus acompañantes de ella y atraerla a sí mismas o porque Luna era una especie de sacerdotisa del amor que las incitaba a ser provocativas, se excitaban a su vez, perdían sus inhibiciones, comenzaban a despojarse de la ropa como si tuvieran mucho calor, un tirante se desplomaba, un escote se ahuecaba dejando entrever un medio seno, la boca se les entreabría, las piernas se abrían y los bajos de las faldas se acortaban enseñando los muslos, sentían placenteramente que mojaban sus bragas, y los hombres, caballos desbocados, esclavos perennes de su sexo, al descubrir una faceta nueva en sus mujeres,

comenzaban a notar que les apretaba el paquete, las besaban, las acariciaban, les bajaban también el otro tirante y ellas al darse cuenta de que estaban en público se sonrojaban un poco y me pedían, cubriéndose el escote con la servilleta, “esa habitación para dormir la siesta, ya sabe, después de esta comida no sería capaz de dar un paso”. De lo único que eran capaces era de follar, por supuesto.

Yo los conducía, pareja tras pareja, a las correspondientes habitaciones, y allí ocurría lo más mágico que puede ocurrir entre un hombre y una mujer, el encuentro puro de los sexos. Y por fin, la última pareja en acostarnos éramos nosotros; nosotros, que nos íbamos a la cama sin haber comido antes como ellos, pero que ya no podíamos aguantar más el deseo de amarnos, sobre todo aquel día que no llevaba bragas, yo ya no sabía como tenía el sexo, y quizá un hombre salido también influía en que las mujeres se excitaran, ¿no?

Luna podía llevar un vestido ceñido, corto y muy escotado o uno largo y transparente, no sé con cual tenía más éxito, si con el que más dejaba ver su maravilloso cuerpo, o si con el largo que escondía sus encantos velados por gasas de colores suaves, pero permitiendo entreverlos e imaginarlos, y por tanto, disparando el deseo hacia el infinito. Me gustaba admirarla, vestida y desnuda, pero me gustaba sobre todo desnudarla, lentamente, que cada ropa que le quitase fuese una caricia que la excitase cada vez más. Y pasar mis manos por su espalda y sus caderas, por sus senos redondeados, por sus pezones erguidos, que besaba con todo mi amor, y bajar mi lengua desde el cruce de sus pechos hasta el ombligo y saber que me la estaba comiendo y llegar a su pubis y a sus otros labios, húmedos y tersos y saborearla toda entera, ella era mi mejor alimento, la que calmaba mi hambre y mi sed. Yo no necesitaba su comida para excitarme, solo la necesitaba a ella.

Y después de hacerla gritar desmadejada de gozo y de penetrar en su cuerpo para subir hasta la montaña más alta de nuestro placer, después de gemir y gozar, acabábamos exhaustos sobre la cama – ahora ya una cama de matrimonio, la cambié en cuanto llegó ella – y respirábamos lentamente, relajados por fin los músculos y nos dormíamos abrazados, muy juntos uno de otro.

Después del amor y el placer, disfrutábamos las sobras de su sustanciosa comida, muchas veces desnudos todavía, mirándonos en el espejo de nuestros propios ojos enamorados; en el paladar, sus alimentos me recordaban el perfume de su sexo y la caricia de sus dedos, porque había preparado aquellos platos como un delicioso postre para mi comida principal que era ella. Y con el sabor de sus manjares en la boca y los

ojos llenos de mar cuando miraba por la ventana, encontraba las fuerzas para levantarme, darme una ducha, vestirme y abandonarla con un beso en los labios para tener el restaurante dispuesto otra vez para la cena. Otras cuatro mesas, otras cuatro parejas, cuatro camas, mi cocinera y yo: ¿quién necesita algo más?

De ese modo comenzó nuestra andadura por el terreno del amor y la restauración y no solo desarrollamos nuestro amor, sino también el de nuestros clientes, para los que nos encantaba preparar un deleite de los sentidos que los hiciera gozar y disfrutar de ese erotismo que todos llevamos dentro pero que muchos no saben sacar. A veces han venido aquí parejas medio rotas, que parecía imposible salvar y después de una comida sabrosa y provocativa, y una lujuriosa siesta, han salido de aquí renovadas, como quien se da un cálido baño relajante en un balneario y sale de él con el cuerpo cargado de energía. Es cierto, tengo cartas de agradecimiento de alguna de ellas y eso me llena de un cierto orgullo, he de reconocerlo. Aquí el baño no era de espuma ni de hidromasaje, era de sexo, el sexo llovía por todas partes, sexo en la comida, en los olores a hierbas aromáticas, en el sonido del mar; sexo en las guindas del postre sobre un par de flanes que parecían dos pechos con sus pezones, sexo en los contoneos de Luna. Sexo en las habitaciones, sexo en los cuerpos, suspiros, gemidos, toqueteos, caricias, penetraciones suaves y generosas, gritos salvajes de placer, sexo oral que provocaba más sexo y otra vez a empezar.

Ahora sé que lo único que se echa en falta es el baño en la habitación, pero los principios en los negocios son los principios. Estamos pensando en una reforma para solucionar este problema, ahora que hemos conseguido ciertos beneficios que podemos reinvertir, aunque los últimos acontecimientos no sé si se llevarán todos nuestros proyectos al carajo. Simplemente una ducha, un retrete y un bidé, para que no ocupe mucho espacio. Resulta incómodo salir de la habitación y que además el baño común de la planta esté ocupado. Aunque también es muy divertido cuando las parejas salen de sus cuartos y se cruzan desnudas por el pasillo, las risas se escapan con libertad, porque la gente en nuestro restaurante ha perdido como por arte de magia su pudor y les parece lo más normal encontrarse así, sin ropa, después de hacer el amor en la intimidad, al fin y al cabo saben que todos se encuentran allí por el mismo motivo, ¿no? Como si el amor y el erotismo sin tapujos solo fueran posibles en nuestra casa. Pero eso nunca ha llegado a convertir nuestras siestas en una orgía con intercambio de parejas, cada uno desea solo a su acompañante, desde el momento en que aparece Luna en el comedor se crea un lazo entre los dos miembros de la pareja que resulta difícil de romper.

Y sin embargo lo que está a punto de romperse ahora es este nido de amor y placer asomado al mar que hemos construido entre los dos y todo por culpa de ese hombre que llegó anoche, simplemente a cenar como todos, pero que arrastraba un pasado que Luna ni siquiera se atreve a recordar.

Bajó del coche con su pareja, una jovencita apocada y diminuta, como si quisiese hacerse más pequeña de lo que realmente era, al lado de aquel hombretón, alto y grueso. Luna estaba en la cocina, secando un plato que había quedado mojado en el lavavajillas, la ventana queda muy cerca de donde habían dejado el coche, y al verlo con la chica cogida del brazo y reconocerlo con aquella cazadora de cuero que en alguna ocasión la había arropado también a ella, el plato se le cayó de las manos y se le rompió escandalosamente en el fregadero.

- Uno menos – le dije con humor –, por lo menos era de los más viejos.

- Sí, uno menos... Ojalá pudiera ser uno menos de verdad – y sus ojos adquirieron una expresión salvaje, de odio, que yo jamás le había visto, eran unos ojos que miraban más allá, pero en realidad estaban mirando dentro de sí misma, desenterrando sus infernales recuerdos.

Me acerqué a Luna y la abracé:

- ¿Qué te pasa? Estás temblando.

- Tengo miedo – contestó en mis brazos, casi llorando – Tengo miedo de ese hombre que ha llegado... Lo conozco bien. Estuve viviendo con él un par de años. Hoy no puedo salir a saludar a los clientes en la cena, sé que todos me estarán esperando pero tendrán que pasar sin mí. Le tengo miedo, siento no poder hacerlo, pero si me reconoce estoy perdida.

- ¿Por qué? ¿Qué te hizo? Si quieres le digo que se vaya...

- No, mejor, no. Pobre chica, tenemos que hacer algo. Cuando yo estuve con él no me atreví, pero ahora... ¿Has visto las marcas en el pómulo de esa mujer? Por mucho que intente disimularlas bajo el maquillaje, están ahí. Y las ojeras de no poder dormir a su lado.

Me asomé al comedor. Era cierto, la chica tenía unas marcadas ojeras, y en los pómulos, unos moratones mal cubiertos por el colorete.

- ¿Quieres decir que te pegaba?

Ella asintió con la cabeza.

- ¡Maldito hijo de perra! – exclamé dirigiéndome al comedor para echarlo de allí, no sin antes haberle dado una paliza. Pero Luna me sujetó:

- ¡Quieto! Más vale que no sepa que estoy aquí. Es mucho más grande y fuerte que tú, no podrías hacer nada, te machacaría y luego vendría a por mí... Seguro que no me ha perdonado que le abandonase.

Luna tenía razón. Me doblaba en tamaño y hubiera sido una estupidez por mi parte enfrentarme a él, aunque a los hombres como yo nos hierve la sangre cuando nos enteramos de historias así y más tratándose de antiguos amantes de nuestras parejas.

- No puedo permitir que se quede – le dije a Luna – En mi restaurante no admito a un maldito criminal.

- ¿Y qué excusa vas a darle para echarlo?

- Pues diré que el restaurante está cerrado.

- No puedes hacerlo. Ya hay otra pareja en la mesa dos. No vas a perder una noche por ese miserable. Hagamos como si no pasara nada – dijo recomponiéndose de repente, algo había pasado por su cabeza: - A ti no te conoce. Sales como todas las noches, sirves, sonríes y tratas de animar el ambiente con un par de chistes verdes. Yo me encargo de lo demás, pero desde aquí dentro – terminó con una mirada enigmática.

- ¿Y qué es lo demás?

- Oh, déjame en paz, prepararé la cena simplemente. No te preocupes más.

Anoche fue la cena más horrible de mi vida. Llegaron otras dos parejas más y las acomodé, tratando inútilmente de sonreír. Cada vez que pasaba al lado de aquel tipejo sentía unas ganas irresistibles de degollarlo. Cuando llevaba el cuchillo para trinchar la carne, casi estuve a punto de hacerlo. Solo las risas de la pareja de detrás me devolvieron a la realidad y a la conciencia de que no podía hacerlo delante de todo el mundo. Afortunadamente, el resto de las parejas se comportaron como todas las otras noches, sabían que aquí se venía a pasar una velada placentera y desinhibida y se condujeron con un pícaro impudor que hizo innecesaria la presencia de Luna para crear el ambiente erótico de siempre. Preguntaron por la cocinera, pues algunos no era la primera vez que venían y los otros conocían de oídas cuales eran los ritos del restaurante, y yo la disculpé, diciendo que se encontraba indispuesta, pero que deseaba que todos disfrutasen de una espléndida noche. Todos mis músculos se tensaban cuando me acercaba a la mesa del miserable, cuando le veía sonreír hipócritamente a su tímida y asustada gacela a la que apalearía sin compasión cuando se le antojase, cuando le ponía el plato delante deseando volcárselo en la cabeza, pero al menos al salir del círculo de aquella mesa y servir a las otras parejas, su alegría me relajaba un poco y me permitía una respiración profunda que liberaba levemente mi ansiedad.

Para la carne, había un acompañamiento de setas. Cuando Luna me dio los dos platos para la mesa del criminal me dijo: “Sobre todo no te equivoques, éste es el de él y este otro el de la chica”.

“Qué más da”, le dije, y ella me contestó muy seria: “He dicho que no te equivoques”. Entonces lo entendí todo y le dije: “No puedes hacerlo”. Ella se encogió de hombros y añadió: “Es la única manera de acabar con él y de liberar a esa pobre chica”.

Las manos me temblaban con los platos de setas cuando me dirigía al comedor, pero cuando llegué junto a él y le miré a los ojos el temblor cesó, dejé el plato sobre la mesa ruidosamente, con la rotundidad de un juez que pronuncia una sentencia de muerte y dije:

- Que le aproveche.

A la chica le sonreí con complicidad y le guiñé el ojo mientras depositaba su plato delante de ella con toda la suavidad y elegancia que pude.

Me retiré y me quedé en la puerta de la cocina, observando como devoraba las setas. Me sentía culpable, ejecutor de asesinato, me remordía la conciencia. Pero al mismo tiempo escuchaba la voz de Luna diciéndome que esa era la única manera de hacerlo. Anoche, tendidos en nuestra cama, sin poder amarnos, mirando el cielo raso de la habitación – justo en la de arriba estaban ellos -, esperando que llegara el momento de los retorcijones y de la agonía, ambos nos convencimos de que la comida no solo sirve para amar, sino que también sirve para matar.

Cuando la mujer vino a pedir un médico para atender a su pareja le explicamos todo y ella se llevó las manos a la boca, asustada, sin poder articular una palabra, pero se hizo cómplice inmediatamente y se quedó en nuestro cuarto a esperar su muerte. Lo encerramos con llave, aunque en realidad el pobre no podía moverse de la cama. Así que ningún médico vino a atender a ese miserable maltratador de mujeres.

Hoy tenemos un muerto en la habitación de arriba y la mujer que lo acompañaba no cesa de llorar y de darnos las gracias al mismo tiempo. No sé que hacer con el muerto. Luna me dice que debemos subir y arrojarlo desde los acantilados, podemos decir que se fue a dar un paseo, la chica se quedó en la habitación durmiendo, él no ha regresado. Encontrarán su cuerpo flotando, se caería al acercarse demasiado al borde, Luna dice que nadie pedirá la autopsia de un ahogado. De lo contrario estamos perdidos. Aunque nadie pueda acusarnos de asesinato - la chica nos mira como sus salvadores - unas setas venenosas son la sentencia de muerte del mejor restaurante...